

## UNA IGNORADA TRADUCCION DE JOSE MARTI

POR CAMILO CARRANCA Y TRUJILLO

A pesar de que no sólo en Cuba sino en otros países de América es cada día mayor el número de los que consideramos la personalidad de José Martí como una de las más fuertes del continente, debe confesarse que no ha sido bastante el esfuerzo realizado hasta hoy en lo que se refiere a la exploración de la vida ópima de tan grande hombre. Por lo que toca a México, la investigación adolece de grandes lagunas que precisa llenar. Y la magnitud de esta circunstancia sube de punto si se considera que, a partir de 1874, en que Martí llegó a nuestro país, ya no perdió el contacto con él, pues aun en el extranjero siguió cultivando las relaciones establecidas y colaborando en nuestros periódicos.

Quienes se han ocupado de reconstruir la vida de José Martí, parece que han desconocido el hecho de que tradujera a Víctor Hugo. Quizás también la traducción que hizo de un poema de Augusto Vacquerie, en París. Esta fue la primera en su vida; aquélla, la segunda. Una investigación minuciosa realizada en "La Revista Universal", que publicó en México el coronel José Vicente Villada, me ha permitido aclararlo.

Sabido es que Martí llegó por primera vez a México, procedente de Europa, a fines de 1874. En los últimos días de febrero o primeros de marzo del año siguiente, ya empezaba a colaborar en "La Revista". Primero fueron traducciones y artículos sobre literatura o sucesos extranjeros. El domingo 7 de marzo se publican sus primeros versos; no llevan título: "Es hora de pensar. Pensar espanta—Cuando se tiene el hambre en la garganta." Aparecen fechados en México el 28 de febrero de 1875, y entiendo que no han sido recogidos en ninguna de las colecciones publicadas hasta hoy. "La Revista" anunció la nueva colaboración en los siguientes términos: "COLABORACION.—Además de los sabrosísimos versos de Fidel, publicamos dos deliciosas composiciones de Pepe Rosas, la una, y de un joven cubano que tiene parte como colaborador desde hace algunos días en

los trabajos de "La Revista", la otra. El señor Martí es un sentido poeta, que tan luego como sea conocido ha de captarse la simpatía de nuestros círculos literarios. Léase su sentida composición y se verá que nuestro pronóstico tiene que cumplirse."

En el número correspondiente al 12 de marzo, el mismo periódico comienza a publicar, en forma de folletín encuadernable, "Mis Hijos", novela corta autobiográfica de Víctor Hugo, aparecida en Europa en 1874. La traducción la hace José Martí. "Hoy publicamos "Mis Hijos", de Víctor Hugo—, se dice en el mismo número de 12 de marzo—. Ha sido traducida para "La Revista Universal" por el ilustrado joven poeta José Martí. Nuestros lectores están de enhorabuena." Según podrá verse por el grabado adjunto, en el folletín mismo se dijo quién era el autor de la traducción.

Es indiscutible la importancia de aquel trabajo de José Martí. Afirmó sus éxitos, no sólo en la Redacción de "La Revista", sino en los círculos intelectuales de México. Al siguiente día de aparecido el folletín, publícase su primer artículo, firmado: "Bella Literatura", escrito para la revista y fechado en Madrid. A ese artículo siguen otros y otros, hasta llegar al Boletín, que representaba entonces nuestro actual editorial, y que antes de Martí escribía Tomás Mendoza. Martí lo sostiene por muchos meses, hasta fines de 1875, con el pseudónimo de "Orestes".

¿Cómo ha sido posible ignorar por tanto tiempo esta traducción de José Martí? Es indudable que fue bien recibida: así se dijo en los otros periódicos. Con cariño y dedicación trabajó en ella. Se habla allí del destierro y de la patria en forma que debió serle singularmente grata. En México, Martí iniciaba apenas la conquista de nuestros medios intelectuales. Por eso su trabajo debió merecerle mayores empeños. Nunca había querido traducir a nadie, "o por respeto, o por convicción, o por soberbia". Pero la traducción de Víctor Hugo la hace, sin embargo, con alegría, con orgullo, con verdadero amor. Hay razón, pues, para recogerla y estimarla como una de sus mejores obras. De sus traducciones fue la primera novela.

¿Tuvo algo que ver en esto Augusto Vacquerie, el amigo leal de Víctor Hugo, el que con él fundó "l'Evenement" y "Le Peuple Souverain", el que pidió a Martí traducir uno de sus poemas? Desde luego queda establecida la amistad que los unió. Quizás Martí conoció y trató a Víctor Hugo, en Francia, por mediación de Vacquerie. Aquella amistad no debió ser tan ligera cuando permitió solicitar la traducción de un poema, detalle que revela la estimación intelectual en que Vacquerie tuvo al Apóstol. Esta circunstancia me hace pensar también que quizás el mismo Vacquerie pudo haber sugerido la traducción de "Mis Hijos", pues aparecida la obra en Fran-

cia en 1874, Martí publica su traducción, en México, a principios de 1875. Además, son muy significativas las palabras del propio Martí contenidas en su artículo "Traducir "Mes Fils": "... yo viví un instante en contento, yo tuve un momento una alegría pueril *cuando supe que había de traducir este libro grave y amado del poeta*". Pudo referirse Martí al encargo que le hiciera la Dirección de "La Revista"; pero, ¿acaso no pudo también referirse a Vacquerie?

El artículo que reproduzco a continuación, y que había permanecido ignorado hasta hoy, es interesantísimo desde muchos puntos de vista. Es bastante, además, para afirmar que entre Vacquerie y el Apóstol existieron simpatías y relaciones que sin duda sirvieron a éste durante su permanencia en Francia, y tal vez se continuaron desde México. Ojalá fuera posible encontrar los papeles de Vacquerie. Tal vez contuviesen importantes cartas de Martí que pudieran aclarar los móviles de esta traducción de la novelita autobiográfica de Víctor Hugo.

Este artículo revela claramente el cariño que puso Martí en su traducción de "Mis Hijos". Fue publicado en "La Revista" de 17 de marzo del mismo año, y debe considerarse como la introducción del trabajo del Apóstol.

#### "TRADUCIR "MES FILS"

Hay sencilleces que pesan como cargas, cuando los hombres que las han de soportar son flojos y estrechos; así para mí ahora, dulce y grave a la par, con la traducción de "Mes fils", del poeta. Dulce en cuanto lo amo. Grave en la medida misma de este amor; que si él no fuera tan alto, mi amor no subiría a tanto para él.

Yo no había querido traducir a nadie nunca, o por respeto, o por convicción, o por soberbia. La primera traducción que he hecho de alguna cosa ajena, en París, acaba de ser, y fue una hermosa canción de Auguste Vacquerie, este carácter sereno y firme, esta inteligencia valerosa de que el mismo poeta habla en "Mis hijos". El lo quiso y yo traduje, y anduve ciertamente honrado en tener que traducir aquella vez.

Y ahora he traducido con alegría, con orgullo, con verdadero amor. Estas páginas serenas me dominan; este sol me calienta; esta almá me habla. Ideas son fuerzas madres que van y vienen, y se encarnan y se informan, y, siendo en sí las mismas, allá esplenden como soles en las inteligencias levantadas, aquí iluminan con luz pálida en los ingenios suaves y tranquilos. Pero son ideas, y verdad, y fuerzas, y grandezas, y allí donde las hallo, yo me hallo; allí donde me ad-

miran, yo las siento; y si se concentran todas ideas altas en una nevadísima cabeza, o soy su hijo o soy su hermano, pero en aquella cabeza vivo yo.

En las estrecheces de una escuela yo no vivo. Ser es más que existir: grandeza es más que escuela. En literatura hay una madre: el sentimiento; un padre, Dios, la fuerza creadora, el Zeus griego, el causa griego. De Zeus, Deus, Dios. De estos generadores, todo canta. A estos generadores, todo va. No hay romanticismo ni hay clasicismo, porque la literatura es una necesidad si no es una belleza, y el concepto de la belleza puede ser relativo, pero la madre Belleza es siempre una. Yo no amo, pues, las estrecheces de una escuela, sino esta abstracción, esta revelación, este misticismo, esta soberbia con que las almas son análogas, y los mundos series, y la vida vidas, y todo es universal y potente, y todo es grave y majestuoso, y todo es sencillo como la luz y alto y deslumbrante como el sol.

Y como todo esto vive, y brota todo noblemente de aquella cabeza universal, yo lo vi como a padre o como mío, y lo amé y lo traduje con placer.

La vida viril es todavía hermosa, cuando dentro de ella se es alguna vez niño; yo viví un instante en contento, yo tuve un momento una alegría pueril cuando supe que había de traducir este libro grave y amado del poeta.

Yo lo habré traducido mal; pero al fin yo me he alegrado una vez bien.

Dificultades graves. Traducir es transcribir de un idioma a otro. Yo creo más, yo creo que traducir es transpensar; pero cuando Víctor Hugo piensa, y se traduce a Víctor Hugo, traducir es pensar como él, impensar, pensar en él.—Caso grave.—El deber del traductor es conservar su propio idioma, y aquí es imposible, aquí es torpe, aquí es profanar. Víctor Hugo no escribe en francés: no puede traducírsele en español. Víctor Hugo escribe en Víctor Hugo: ¡qué cosa tan difícil traducirlo!

Yo anhelo escribir con toda la clara limpieza, y elegancia sabrosa, y giros gallardos del idioma español, pero cuando hay una inteligencia que va más allá de los idiomas, yo me voy tras ella, y bebo de ella, y si para traducirla he de afrancesarme, me olvido, me domino, la amo y me afranceso.

De otros, traducir es pensar en español lo que en su idioma ellos pensaron. De él, traducir es pensar, en la mayor cantidad de castellano posible, lo que él pensó, de la ma-

nera y en la forma en que lo pensó él, porque en Víctor Hugo la idea es una idea, y la forma otra. Su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento: puesto que él crea allí, o la traducción no sería una verdad, o en ella es preciso crear también.—Yo no lo he traducido, lo he copiado, y creo que si no lo hubiera copiado, no lo hubiera traducido bien. He copiado sus escisiones, sus estructuras, sus repeticiones, su presunción, su ortografía—y si me he atrevido a variar la construcción de alguna frase, es que esta vez he creído que Víctor Hugo no puso en ella pensamiento especial, y el lenguaje nada añadía esta vez a la idea.—Y en todo, de él traduje frases e ideas. Traducir es estudiar, analizar, ahondar. Cavé en cuanto pude. Cave más quien sea más feliz y fuerte que yo.

*Adoucissement*: endulzamiento. Pero no es esto lo que él ha querido decir. Endulzar, llevar a la dulzura; pero en español no se endulzan las almas, y en Víctor Hugo sí. Sin embargo, el poeta es tan él esta vez, que ni el castellano me hubiera perdonado el endulzamiento, ni yo mismo me perdono haber dicho menos de lo que él quiso decir.

*Adoucissement*, es mejoramiento; pero mejoramiento endulzando.—Salve la explicación lo que el castellano no ha podido salvar.

*Esprit*: juicio claro. Insuperable dificultad. Siempre lo fue esta palabra francesa, encarnación del ser francés y en extremo exclusiva, y por esto, sí entendida por los que entienden el carácter de la nación, pero no traducible para los que tienen distinto carácter nacional. Y aun crece la dificultad esta vez. *Esprit* no significa en esta frase de Víctor Hugo lo que siempre se dijo con *esprit*. *Esprit* significó siempre brillantez imaginativa, talento ingenioso, talento elegante, vivo, acertado, fácil. Antes el *esprit* era una cualidad: aquí, Víctor Hugo lo transforma en una personalidad. No es el *esprit* que se tiene: es un *esprit* que se es. Más grave, más severo, más completo, más amplio. Ingenio se dice algunas veces, pero juicio tuvo a mis ojos mejores condiciones de sólida amplitud que ingenio. Y como *esprit* es claridad, yo dije: juicio claro. Esto no es todo: esto no es completo, esto no es cierto: pero es todo lo más cierto que en mí pude hallar. Más adelante lo traduzco: espíritu; pero allí no es la entidad juiciosa, es el germen esencial, el impalpable movedor, el pequeño Zeus, lo que vive de Dios en cada hombre.—Esta vez he quedado más contento.

*Illumination*: iluminamiento. Iluminación de espíritu. Ello es algo nuevo; pero esto quiso decir él.

*Versement*:—vertimiento. Acción de verter. De ingerir en la melancolía la burla. Es más enérgico, más claro, más real que versión. Verter introduciendo: esto es más que verter.

*Ecrasement*:—aplastamiento. Todos dirían destruir enemigos; él dice: aplastar enemigos, porque los enemigos son esta vez los viles, y él sabe que a la vileza se la aplasta.

*Parce qu'on est pour elle*:—porque para ella se es. Es, de ser, que es más que existe, de existir. La existencia está contenida en la esencia. Ser es constante, poderoso, fijo. Existir es mudable, limitado, incierto.

*Décorer*:—condecorar, premiar; pero esto en castellano encierra la idea material de condecoración, y en Víctor Hugo hubo la idea sarcástica de premio, pero no la de premio decorado.

*Ce jeune homme est fait comme ces grands hommes*:—este hombre joven está hecho como estos grandes hombres. No se puede pasar sobre esta frase sin hacer notar cuán palpable resulta de ella la analogía de los dos idiomas.—Víctor Hugo pensó aquí con las dos formas de su pensamiento, la ideal y formal, la idea y la frase:—él quiso decir que su hijo tenía en sí la naturaleza de los grandes hombres, y quiso, además embellecer, completar esta frase con la repetición enérgica del *homme*.—Por esto yo traduzco *jeune homme*, joven, por hombre joven.—Así, yo también pude repetir hombres y dar completa y en su doble faz su frase hermosa.

*Jalousie*:—avaricia celosa. *Jalousie* es celos; pero esta vez Víctor Hugo hizo a los celos avaros. No es el amor exaltado que se angustia con la pérdida de su amor: no es el que posee que se aterra porque otro va a poseer; es la conciencia que quiere, no sólo que el patriotismo se cumpla, sino que el amor a la humanidad se cumpla también; es la conciencia ambiciosa; es la conciencia celosa; una mitad tiene celos de la otra mitad: toda la conciencia está ambiciosa de todo. Son celos, pues, pero celos avaros. Es avaricia, pues, pero avaricia celosa.

Y así todo, mar de luz, idea de ideas, síntesis de gérmenes, palabras madres.

En estas dificultades, yo contento. En estas compañías, yo orgulloso.—Parece que la vida se vive algunas veces en la tierra: parece que de cada vida muerta renace una vida que en esta misma atmósfera quizás se recomienza a vivir. Los que viven más, se acercan más—y como la luz está en el término, más irradian y tienen sol, y esparcen claridad, y brotan

V. H.  
—  
MIS HIJOS.



EDICION ESPECIAL.  
DE LA "REVISTA UNIVERSAL."

Traducción de José Martí.

MEXICO.  
IMPRESA DE LA "REVISTA UNIVERSAL."  
Primera calle de S. Francisco núm. 13.

jos. Toma á lo sério toda esta aurora. La madre alimenta al hijo, el padre alimenta á la madre. Mas dicha, obliga á mas trabajo. El pasaba sus dias en la faena, en ella pasará las noches. ¿Qué hace? Importa poco; un trabajo cualquiera.

Su vida es ruda, pero dulce. Por la tarde, ántes de darse a la labor que ha de durar hasta el alba, se acuesta en el suelo, y los pequeños suben sobre él, riendo, cantando, balbuceando y jugando. Son cuatro, dos niños y dos niñas.

Los años pasan, los niños crecen, el hombre se madura. Con el trabajo le ha venido algun bienestar. Vive en la sombra y en el verdor, en los Campos Eliseos. Allí recibe visitas de algunos trabajadores pobres como él, de un viejo cancionero que se llama Beranger, de un viejo filósofo que se llama Lamennais, de un viejo proscrito que se llama Chateaubriand. Y él vive soñando en aquel retiro, vive imaginando que los Campos Eliseos son una soledad, destinado sin embargo á la verdadera soledad mas tarde. Si escucha, no oye mas que cantos. Entre los árboles y él, están los pájaros; entre los hombres y él, están los niños.

La madre les enseña á leer; él, á escribir. Algunas veces, él escribe al mismo tiempo que ellos, sobre la misma mesa, ellos—alfabetos y garabatos, él—otra cosa; y, mientras que ellos ha-

luz. Y yo, que viví poco, ¿cómo he de poder decir cuanto aquél que ha vivido más pensó? Porque yo cavo en los misterios de la vida; pero él ha cavado ¡oh, más, mucho más hondo que yo!

¡Cuán difícil saber cómo ha pensado!

Perdón pido, pues, humildemente, por los errores que confieso, y perdón todavía porque yo me atrevo a creer que estos errores no lo son tanto. Es lícito anhelar las alturas de los pinos, pero al lado del ciclópeo ahuehuete, sólo es lícito acogerse a su sombra.

Así yo ahora. El irradia; caliente de él mi espíritu; digo yo lo suyo; ¡pudiera yo decirlo tan bien como la universalidad de esa alma alta, amada y venerada y vivida en mí!—*José Martí.*”

La novela “Mis Hijos” apareció en “La Revista” con algunas erratas que he corregido. Una de ellas ameritó la siguiente rectificación:

“ROBO.—Tal ha hecho uno de nuestros cajistas al matrimonio Víctor Hugo, en la primera página de nuestro folletín de ayer. Diéronle la plana con treinta y siete años para Víctor Hugo y su señora, y él juzgó conveniente quedarse con siete. He aquí un cajista innovador de la creación. La naturaleza hizo casable a la mujer a los catorce años; nuestro cajista ha pensado mejor, y el ambicioso la casa a los diez.” (Número del catorce de marzo.)

Debo advertir que la colección de “La Revista Universal”, guardada en nuestra Biblioteca Nacional, no contiene ni un fragmento del folletín de José Martí: aparece recortado íntegramente. Esto me obligó a investigar el paradero de otras colecciones de 1875; y aunque la tarea resultaba algo difícil, tuve la fortuna de encontrar el folletín en la notable y completa colección de periódicos mexicanos, propiedad de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

He aquí la traducción íntegra de la novela “Mis Hijos”:

## I

Un hombre se casa joven: cuentan entre él y su mujer treinta y siete años. Después de haber sido rico en su infancia, ha llegado a ser pobre en su juventud: ha habitado de paso en palacios; hoy vive en algo que es casi una bohardilla. Su padre ha sido un vencedor de Europa, y es ahora un bandido del Loira. Caída, ruina, pobreza.

Este hombre, que tiene veinte años, encuentra esto muy natural, y trabaja. Trabajar, esto hace que se ame; amar, esto hace que uno se case. El amor y el trabajo, los dos puntos de partida mejores para la familia. Viénele una. Hele aquí con hijos. Toma a lo serio toda esta aurora. La madre alimenta al hijo, el padre alimenta a la madre. Más dicha obliga a más trabajo. El pasaba sus días en la faena, en ella pasará las noches. ¿Qué hacer? Importa poco; un trabajo cualquiera.

Su vida es ruda, pero dulce. Por la tarde, antes de darse a la labor que ha de durar hasta el alba, se acuesta en el suelo, y los pequeños suben sobre él, riendo, cantando, balbuceando y jugando. Son cuatro, dos niños y dos niñas.

Los años pasan, los niños crecen, el hombre madura. Con el trabajo le ha venido algún bienestar. Vive en la sombra y en el verdor, en los Campos Elíseos. Allí recibe visitas de algunos trabajadores pobres como él, de un viejo cancionero que se llama Béranger, de un viejo filósofo que se llama Lamennais, de un viejo proscrito que se llama Chateaubriand. Y él vive soñando en aquel retiro, vive imaginando que los Campos Elíseos son una soledad, destinado, sin embargo, a la verdadera soledad más tarde. Si escucha, no oye más que cantos. Entre los árboles y él están los pájaros; entre los hombres y él están los niños.

La madre les enseña a leer; él, a escribir. Algunas veces él escribe al mismo tiempo que ellos, sobre la misma mesa, ellos, alfabetos y garabatos; él, otra cosa; y, mientras que ellos hacen lenta y gravemente garabatos y alfabetos, él termina una página rápida. Un día, el menor de los dos varones, que tiene cuatro años, se interrumpe, deja su pluma, mira a su padre, y le dice: Es gracioso: cuando se tienen manos chiquitas, se escribe muy gordo, y cuando se tienen manos gordas, se escribe muy chiquito.

Al padre maestro sucede el colegio. El padre tiende, sin embargo, a unir al colegio la familia, porque estima que es bueno que los adolescentes sean niños todo el tiempo posible. Para ellos, a su vez, los veinte años llegan: el padre no es ya entonces más que una especie de hermano mayor, porque la juventud que concluye y la juventud que comienza fraternizan, lo que endulza la melancolía de la una y calma el entusiasmo de la otra.

Estos niños se hacen hombres; se ve entonces que son juicios claros. Uno, el mayor, es un juicio despierto y vigoroso: el otro, el segundo, es un juicio amable y grave. La lucha del progreso quiere inteligencias de dos clases, fuertes y dulces. El primero se asemeja más al atleta: el segundo, al apóstol. Su padre no se asombra de estar al nivel de estos jóvenes, y, en efecto, como acaba de decirse, siente en ellos hermanos tanto como hijos.

Como su padre, también ellos emplean su juventud con probidad, y, viendo a su padre trabajar, trabajan. ¿En qué? En su siglo. Trabajan en el esclarecimiento de los problemas, en el mejoramiento de las almas, en el iluminamiento de las conciencias en la verdad, en la libertad. Sus primeros trabajos son recompensados: temprano los decoran; al uno con seis meses de prisión, por haber combatido el cadalso; al otro con nueve meses, por haber defendido el derecho de asilo. Digámoslo de paso: el derecho de asilo es mal visto. En un país vecino es costumbre que el ministro del Interior tenga un hijo que organice bandas encargadas de los asaltos nocturnos a los partidarios del derecho de asilo. Si el hijo no logra buen éxito como bandido, el padre lo logra como ministro; y a aquél a quien no se ha podido asesinar, se le expulsa. De esta manera la sociedad se salva. En Francia, en 1851, para hacer entrar en razón a los que defienden a los proscritos y a los vencidos, no recurrían a la lapidación, ni a la expulsión; con la prisión se contentaban. Las costumbres de los gobiernos difieren.

Los dos jóvenes van a la prisión: en ella están juntos; el padre se instala casi en ella, haciendo la conserjería su casa. Llégale, sin embargo, también su vez. Lo fuerzan a alejarse de Francia, por causas que si se recordasen aquí, turbarían la calma de estas páginas. En la gran caída de todo, que sobreviene entonces, el principio de bienestar, bosquejado por su trabajo, se derrumba: será preciso que recomience: en tanto, es preciso que parta. Se aleja una noche de invierno. La lluvia, el cierzo, la nieve: buen aprendizaje para un alma, por cuanto se parece el invierno al destierro. No se une en vano la mirada fría del extranjero al cielo sombrío: esto templa un corazón para la prueba. Este padre se va, al azar, delante de él, a una playa desierta, a la orilla del mar. En el momento en que sale de Francia, sus hijos salen de su prisión; coincidencia dichosa, de manera que pueden seguirle; con ellos compartió su celda, con él compartirán su soledad.

## II

Se vive así. Los años pasan. ¿Qué hacen durante este tiempo? Una cosa sencilla, su deber. ¿De qué se compone para ellos el deber? De esto: persistir. Esto es, servir a la patria, amarla, glorificarla, defenderla; vivir para ella y lejos de ella; y, porque para ella se es, luchar; y, porque se está lejos de ella, sufrir.

Servir a la patria es una mitad del deber: servir a la humanidad es la otra mitad: ellos cumplen con todo su deber. El que no lo cumple todo, no lo cumple: tal es la avaricia celosa de la conciencia.

¿Cómo sirven a la humanidad? Siendo buen ejemplo.

Tienen una madre, la veneran; tienen una hermana muerta, la lloran; tienen una hermana viva, la aman; tienen un padre proscrito, lo ayudan. ¿A qué? A llevar la proscripción. Hay horas en que esto es pesado. Tienen compañeros de adversidad, se hacen sus hermanos; y a los que ya no tienen el cielo natal, señalan con el dedo la esperanza, que es el fondo del cielo de todos los hombres. Hay a las veces en este intrépido grupo de vencidos, instantes de suprema angustia: vese a uno que se endereza por la noche en su cama y se retuerce los brazos gritando: ¡Decir que ya no estoy en Francia! Las mujeres se esconden para llorar; los hombres se esconden para verter sangre. Estos dos jóvenes desterrados son firmes y sencillos.

En estas tinieblas, brillan; en esta nostalgia, perseveran; en esta desesperación, cantan. Mientras que un hombre, emperador en aquel momento de los franceses y de los ingleses, vive en su morada triunfal, besado por reinas, vencedor omnipotente y lúgubre, ellos en la casa de destierro, inundada de espuma, ríen y sonríen. Ese dueño del mundo y del minuto tiene la tristeza de la prósperidad miserable; ellos, tienen la alegría del sacrificio. No están, además, abandonados; tienen admirables amigos: Vacquerie, inteligencia soberbia y poderosa; Maurice, la gran alma dulce; Ribeyrolles, el valiente corazón. Estos dos hermanos son dignos de estos bravos hombres. No hay serenidad que eclipse la suya: ellos tienen la heroica indiferencia de las conciencias dichosas. Háblase al mayor del destierro y responde: Eso no me incumbe.—Toman cordialmente su parte de la agonía que los rodea; curan en todas las almas la llaga roedora que hace en el alma la expatriación. Mientras más ausente está la patria, ¡ay! está más presente. Ellos son los puntos de apoyo de los que vacilan; disuaden de las concesiones que el mal del país podría sugerirles, a algunos pobres seres desorientados. Repúgnales al mismo tiempo el aplastamiento de sus enemigos, aun de los infames. Sucede un día que en el campamento de proscritos, en esta familia de expatriados, se descubre a un hombre de policía, un traidor que afectaba un aire huraño, un agente de Maupas rebujado en la máscara de Hebert: todas estas prohibidades indignadas se levantan: se quiere matar al miserable; los dos hermanos le salvan la vida. El que usa el derecho de sufrimiento, puede usar el derecho de clemencia. Alrededor de ella se siente que estos jóvenes tienen la fe, la verdadera fe, la que se comunica.

De aquí cierta autoridad mezclada a su juventud. El proscrito por la verdad es un hombre honrado en toda la altanera acepción de esta palabra: ellos tienen esta grande honradez. A su lado, todo desfallecimiento es imposible: ellos ofrecen su espalda robusta a todas las postraciones. Siempre de pie sobre lo alto del escollo, fijan en el enigma y en la sombra su mirada tranquila; hacen la señal da esperar desde que ven apuntar una luz en el horizonte; son los

vigías del porvenir. Y esparcen en esta obscuridad, no se sabe qué claridad de aurora; silenciosamente los recompensa la dulzura siniestra de los resignados.

### III

Al mismo tiempo que cumplen la ley de la fraternidad, ejecutan la ley del trabajo.

Traduce el uno a Shakespeare y restituye a Francia, en un libro de pintura sagaz y erudición elegante, "La Normandía desconocida." Publica el otro una serie de obras sólidas y exquisitas, llenas de emoción verdadera, de una bondad penetrante, de una alta compasión. Este joven es sencillamente un gran escritor. Como todas las inteligencias poderosas y abundantes, produce pronto, pero incuba mucho tiempo, con la pereza fecunda de la gestación. Tiene la premeditación que recomienda Horacio y que es la fuente de las improvisaciones duraderas.—Estrénase en el cuento fantástico con una obra maestra. La dedica a Voltaire, y—detalle que demuestra la magnífica envergadura de esta inteligencia alta—hubiese podido al mismo tiempo dedicarla a Dante. Tiene la ironía, como Arouet, y la fe, como Alighieri. Su estreno en el teatro es una obra maestra también, pero pequeña, fugaz, inolvidable, viva, una niñería de pensador, comedia ligera y fuerte que tiene la fragilidad aparente de las cosas aladas.

Para quien lo ve de cerca, este joven parece siempre en reposo, y él está siempre en trabajo. Es el ocioso infatigable. Además, tiene tantas facultades cuantos esfuerzos hace. Aborda la novela, es un maestro; aborda el teatro, es un poeta; se lanza en los combates de la polémica, es un periodista brillante. Se mueve como en su casa en estas tres regiones.

Toda su obra está confundida, esto es, es una. Y tal es la ley de las inteligencias que miran de la altura; ven todo el horizonte. No hay tabiques en este espíritu, o no hay más que tabiques aparentes. Sus novelas son tragedias, sus comedias son elegías, y son tristes, lo que no les impide ser festivas; vertimiento de la burla en la melancolía y de la cólera en el sarcasmo, que en todos los tiempos, de Aristófanes a Plauto, y de Plauto a Molière, ha caracterizado el arte supremo. Este hombre joven está hecho como estos grandes hombres; medita, y sonríe; medita, y se indigna. Y a veces su entonación burlona toma súbitamente el acento trágico. ¡Ay!, la sombría alegría de los pensadores solloza.

Por estas causas y por otras, este joven escritor tiene en el estilo eso imprevisto que es la vida. Lo inesperado en la lógica es el secreto soberano de los escritores superiores. No se sabe bastante lo

que es el estilo sin gran pensamiento. El estilo contiene tan necesariamente al pensamiento, como el fruto contiene a la savia. ¿Qué es, pues, el estilo? Es la idea en su expresión absoluta, es la imagen bajo su figura perfecta; todo lo que es el pensamiento, el estilo, lo es; el estilo es la palabra hecha alma; el estilo es el lenguaje hecho verbo. Quitad el estilo: Virgilio se oscurece, Horacio se desvanece, desaparece Tácito. Se ha imaginado en nuestros días un barbarismo curioso: "los estilistas". Treinta años hace, una escuela imbécil de crítica, olvidada hoy, agotaba sus esfuerzos en insultar el estilo, y lo llamaba: "la forma". ¡Qué insulto! Forma, la belleza. La Venus hotentote dice a la Venus de Milo: tú no tienes más que la forma. Las obras suceden a las obras; tras la Bohemia dorada, la familia trágica; creaciones compuestas de adivinación y observación, en que la ironía se descompone en lástima, en que el interés dramático llega algunas veces al terror; en que la inteligencia se dilata al mismo tiempo que se oprime el corazón.

Todas estas cualidades, estilo, emoción, bondad de escritor, virtud de poeta, dignidad de artista; todas ellas concentra este joven, todas las condensa en un gran libro. Los hombres del destierro. Este libro es un gran libro político. ¿Por qué? Porque es un gran libro literario. Quien dice literatura, dice humanidad. Este libro, Los hombres del destierro, es una protesta y un desafío, protesta ofrecida a Dios, desafío lanzado a los tiranos. El alma es el personaje, el destierro es el drama; los mártires son diversos, el martirio es uno; varía la prueba, los probados, no. Esta severa pintura no morirá. Este libro austero y trágico es un libro de amor; por la verdad, por la equidad, por la grandeza: de aquí un odio profundo contra todo lo que es vil, cobarde, injusto y bajo. Este libro es implacable; ¿por qué? porque es tierno.

En todas partes la justicia, y en todas partes la compasión: el alma bella expresada por el estilo hermoso: tal es este joven escritor.

Añadamos a este dón de la naturaleza—lo patético—, un dón de la soledad—, la filosofía.

Insistamos sobre esta filosofía. El aislamiento desarrolla en las almas profundas una sabiduría de una especie particular, que va más allá del hombre. Es esa sabiduría extraña que ha creado el antiguo magicismo. Este joven, en el desierto de Jersey y en el crepúsculo de Guernesey, adquiere, como los demás solitarios pensativos que lo rodean, esta sabiduría. Una intuición casi visionaria da a muchas de sus obras, como a otras obras de los hombres del mismo grupo, una intención singular; cosa que no puede dejar de anotarse, lo que preocupa a este espíritu joven, es lo mismo que preocupa también a los viejos. En este comienzo de la vida, en

que parece que se tiene el derecho de ser absorbido únicamente por la preparación de sí mismo, lo que inquieta a este pensador, luminoso y sereno hasta en su carcajada, pero enternecido; lo que lo conmueve y lo atormenta, es el lado impenetrable del destino; es la suerte de los seres condenados al grito o al silencio, bestias, plantas, de lo que se llama el animal, de lo que se llama el vegetal: cree ver allí desheredados; se inclina hacia ellos; hace constar que están fuera de la libertad, y casi de la luz; se pregunta quién los ha arrojado en esta sombra, y olvida, encontrándose sobre esos expatriados, que él es expatriado también. Soberbia conmiseración, fraternidad del ser que habla con los seres mudos, noble aumentamiento del amor de la humanidad con la dulzura hacia la creación. Los vivos de abajo, ¡qué enigma! Inferi, palabra misteriosa; los inferiores. El Infierno. Ahondad los sueños de las religiones; encontráis en el fondo la Verdad. Solamente las religiones interpuestas la desfiguran con su abultamiento. Toda vida infernal, en cuanto es una vida planetaria, es una vida pasajera: la vida celeste sólo, es vida eterna.

#### IV

Son estos dos hermanos como complemento uno de otro: el mayor es el radiante, el más joven es el austero: austeridad amable, como la de un Sócrates joven. Su presencia es fortificante. Nada es tan sano, nada anima, nada asegura tanto como la amenidad imperturbable del obrero contento. Este joven desterrado voluntario conserva en el desierto en que para siempre se está tal vez, las elegancias de su vida, y entrégase, al mismo tiempo, a su tarea. Quiere construir, y construye un monumento: no pierde una hora, tiene al tiempo un respeto religioso: sus costumbres son a la vez parisienses y monacales. Habita un aposento colmado de libros. Oye, al romper del día, caminar sobre su cabeza, sobre el techo de la casa, a alguien que trabaja; es su padre: estos pasos lo despiertan, y entonces él también se levanta, y él trabaja también. Lo que hace, arriba se vio: traduce a Shakespeare, lo interpreta, lo comenta, lo hace accesible a todos: talla escalón por escalón en el ventisquero y en la roca no se sabe qué vertiginosa escalera que llega a aquella cima. Razón se tiene en decir que estos proscriptos son ambiciosos; este sueña la familiaridad con los genios. Se dice: yo traduciré después del mismo a Homero, a Eschylo, a Isaías, a Dante. En tanto, tiene a Shakespeare: conquista ilustre de hacer. Introducir a Shakespeare en Francia, ¡qué deber tan vasto! Y este deber él lo acepta, a él se obliga, en él se encierra; sabe que su vida ha de estar atada en adelante por esta promesa hecha en nombre de la Francia, al hombre grande de Inglaterra; sabe que este gran hombre de Inglaterra es uno de

los grandes hombres del género humano entero, y que servir a esta gloria es servir a la civilización; sabe que una empresa semejante es imperiosa, que será exigente y dominante, y que, una vez comenzada, no ha de poder ser abandonada ni interrumpida; sabe que con ella tiene labor para doce años; sabe que es ésta otra celda, y que se condena al claustro, y que cuando se entra en labor semejante, en ella se amuralla el que entra; y consiente en todo, y así como se ha desterrado por su padre, así se aprisiona ahora por Shakespeare.

Su recompensa es su esfuerzo mismo. Ha querido traducir a Shakespeare, y he ahí, en efecto, a Shakespeare traducido. Ha renovado el tremendo combate nocturno de Jacob: ha justado con el arcángel, y el arcángel no ha doblado su corva. El es el escritor que era preciso.

El inglés de Shakespeare no es el inglés de hoy: ha sido necesario superponer a este inglés del siglo diez y seis el francés del siglo diez y nueve, especie de combate, de combate cuerpo a cuerpo, de los dos idiomas; la aventura más terrible que pudiera acometer un traductor: este joven ha tenido esta audacia. Lo que ha intentado hacer, lo ha hecho. Importaba no perder nada de la obra enorme. Ha puesto sobre Shakespeare la lengua francesa, y ha hecho pasar a través de este calado inextricable de dos idiomas aplicados uno sobre otro, todo el brillo, toda la irradiación de este genio.

Para esto, ha debido prodigar, en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra, una inagotable invención de estilo. Para obra tal, es preciso que el traductor sea creador. El lo ha sido.

Escritor extraño y raro, un escritor que prueba su originalidad con una traducción. No le basta traducir. Edifica alrededor de Shakespeare como contrafuertes alrededor de una catedral, toda una obra suya, obra de filosofía, de crítica, de historia. Es lingüista, artista, gramático, erudito. Es doctor y avisado. Siempre sabio, jamás pedante. Acumula y coordina las diferencias, las notas, los prefacios, las explicaciones. Condensa todo lo que está esparcido en los alrededores de Shakespeare. No tiene esta caverna inmensa un astro en que no penetre él. Hace excavaciones en este genio.

## V

Y así es cómo, después de doce años de trabajo, hace a la Francia donación de Shakespeare. Los verdaderos traductores tienen esta potencia singular de enriquecer a un pueblo sin empobrecer al otro, de no extraviar lo que toman y de dar un genio a una nación sin quitarlo a su patria.

Hácese esta larga incubación sin que la interrumpa en un solo día. Ninguna solución de continuidad, ningún descanso, ninguna laguna, ninguna concesión a la fatiga, todas las auroras le llevan a la tarea: nulla dies sine linea: esta es, además, la buena ley de los espíritus soberbios. La obra que se cumple y que se ve crecer es reposo en sí misma: ningún reposo más le es necesario. Este joven lo comprende así: jamás abandona su tarea; despiértase cada mañana desde que oye que el caminador de arriba se despierta, y cuando llega la hora de la mesa de familia, bajan los dos de su trabajo, su padre y él, los dos cambian una dulce sonrisa.

Aislamiento, intimidad, rehusamiento, el pensamiento apaciguando a la nostalgia: tal es la vida de estos hombres. Por horizonte, la bruma de las olas y de los sucesos; por música, el viento de tempestad; por espectáculo, la movilidad de un infinito, el mar, bajo la inmovilidad de otro infinito, el cielo. Son naufragos: miran los abismos. Todo ha zozobrado, excepto la conciencia, navío de que no queda más que la brújula. Nadie tiene en esta familia nada suyo: todo en ella es común, el esfuerzo, la resistencia, la voluntad, el alma. Este padre y estos hijos aprietan cada vez más su estrecho abrazo.

Probable es que sufren, pero no se lo dicen: cada uno se absorbe, cada uno se serena en su obra diversa. En las intermitencias, por la tarde, en las reuniones de familia, en los paseos por la playa, entonces hablan. ¿De qué? ¿de qué pueden hablar los proscriptos, si no hablan de la patria? A esa Francia la adoran. Y mientras más se agrava el destierro, más se aumenta su amor. Lejos de los ojos, cerca del corazón. Tienen todas las grandes convicciones, lo que les da todas las grandes certidumbres. Se ha obrado con toda la voluntad: se ha hecho lo que se ha podido: ¿qué recompensa se quiere? Una sola. Volver a ver a la patria. Y bien, se la volverá a ver.—¡Cuán dichoso se era en ella, y cuán dichoso se será en ella todavía! Ciertamente, la hora bendecida de la vuelta sonará. Se les espera allá abajo. Así hablan estos desterrados. Terminada la conversación, tórnase a la faena. Todos los días se parecen. Esto dura diez y nueve años. Cesa el destierro, vuelven ellos, helos en la patria: son esperados, en efecto, ellos por la tumba, él, por el odio.

## VI

¿Es esto una queja? No. ¿Y con qué derecho lo sería? Y ¿hacia quién se volvería? ¿Hacia vos, Dios? No. ¿Hacia ti, patria? Jamás.

¿Quién podría pensar en Francia sino con reconocimiento y con ternura? Y para este hombre, para este padre ¿no hay acaso tres días inolvidables, el 5 de septiembre de 1870, el 18 de marzo de 1871, el 28 de diciembre de 1873? El 5 de septiembre de 1870 entró en su

patria, en Francia; el 18 de marzo de 1871, el 28 de diciembre de 1873, sus hijos entraron, el uno tras el otro, en la otra patria, el sepulcro, y en estas tres entradas, tú viniste de todas partes a formar cortejo, ¡oh inmenso pueblo de París! Allí viniste tierno, conmovido, magnánimo, con ese profundo murmullo de las multitudes que se parece algunas veces al arrullo de las madres. Desde estos tres días imborrables ¿hay en alguna parte, no importa dónde, en regiones cualesquiera, calumnia, insulto y odio? Esto es posible, pero ¿por qué nó? ¿a quién hace esto daño? A los que odian, tal vez. Compadezcámosles. El pueblo es grande y bueno: lo demás no es nada. Fuera preciso para conmoverse no haber visto jamás el océano. ¿Qué importa una vana superficie espumosa, cuando el fondo es con tanta majestad amigo y apacible? ¡Quejarse de la patria! ¡Reprocharle algo, sea lo que sea! ¡No, no, no! Hasta los que mueren por ella, viven por ella.

En cuanto a vos, Dios, ¿qué deciros a vos? ¿No sois acaso lo Ignorado? ¿Qué sabemos nosotros sino que vos sois y que somos? ¿Os conocemos acaso, oh misterio? Eterno Dios: vos hacéis volver sobre sus goznes la puerta de la tumba, y vos sabéis por qué. Nosotros hacemos la fosa y vos lo que está más allá. A cada agujero en la tierra se ajusta una abertura en el firmamento. Vos os servís del sepulcro como nosotros del crisol, y, como lo invisible es lo incorruptible, nada se pierde; ni el átomo material—la molécula—en el crisol, ni el átomo moral—el yo—en la tumba—. Vos maneáis el destino humano; vos abreviáis la juventud, vos prolongáis la vejez; vos tenéis vuestras razones. En nuestro crepúsculo, nosotros, que somos lo relativo, chocamos a tientas con vos, que sois lo absoluto, y no sin contusiones logramos hallar al fin en la oscuridad vuestras leyes. Vos sois calumniado, también vos. Las religiones os llaman celoso, vengador, colérico: sostienen por momentos vuestras circunstancias atenuantes: he aquí lo que hacen las religiones. La religión os venera. Así tiene la religión por enemigos a las religiones. Las religiones creen lo absurdo. La religión cree lo verdadero. En las pagodas, en las mezquitas, en las sinagogas, desde lo alto de los púlpitos, y en el nombre de los dogmas, se os aconseja, se os exhorta, se os interpreta, se os califica; los sacerdotes se hacen vuestros jueces: los sabios, no. Los sabios os aceptan. Aceptar a Dios: he ahí el supremo esfuerzo de la filosofía.

Ocúltansenos a nosotros mismos nuestras propias dimensiones. Vos las conocéis, vos: vos tenéis la medida de todo y de todos. Las leyes de percusión son diversas. Un hombre es perseguido con más encarnizamiento que los otros: parece que el destino no lo ha perdido de vista jamás. Vos sabéis por qué. Nosotros no vemos más que encogimientos; vos sólo conocéis las proporciones verdaderas. Todo se volverá a encontrar más tarde. Cada cifra tendrá su total.

Vivir no da sobre la tierra más derecho que morir; pero morir da todos los derechos. Haga el hombre su deber: Dios hará el suyo. Nosotros somos a la vez vuestros deudores y vuestros acreedores, relación natural entre los hijos y el padre. Nosotros sabemos que venimos de vos: sentimos confusamente, pero seguramente, el punto de unión del hombre y Dios: así como el rayo tiene conciencia del sol, nuestra inmortalidad tiene conciencia de vuestra eternidad. Y se prueban la una por la otra; círculo sublime. Sois necesariamente justo, pues que sois, y ni el mal ni la muerte existen. Vos no podéis ser otra cosa más que la bondad en lo alto de la vida, y la claridad en el fondo del cielo. No podemos negaros a vos, como no podemos negar lo infinito. Vos sois lo ilimitado evidente. La vida universal, vos; el cielo universal, vos. Vuestra bondad es el calor de vuestra claridad; vuestra verdad es el rayo de vuestro amor. El hombre no puede más que balbucear una tentativa de comprenderos. El trabaja, él sufre, él ama; llora y espera a través de esto. Ante vos, abatir nuestras frentes es elevar nuestros espíritus. Esto es todo lo que tenemos que deciros, ¡oh Dios!

## VII

No hay queja, pues. Tenemos solamente, no podemos tener más, que derecho al asombro. El asombro contiene toda la cantidad de protesta permitida a este inmenso ignorante que se llama hombre. Y ¿cómo reservar para sí este asombro doloroso cuando la Francia lo reclama? ¿Cómo pensar en los dolores privados, en presencia de la aflicción pública? Una patria semejante ocupa todo el lugar. Tenga cada cual su herida, téngala; pero ocúltela en presencia del costado herido de nuestra madre. ¡Ah! ¡cómo se soñaba! Se estaba fuera de la ley, expulsado, expatriado, reexpatriado, proscripto, reproscripto: cierto hombre que tiene los cabellos blancos ha sido arrojado cuatro veces, de Francia primero, después de Bélgica, después de Jersey, otra vez de Bélgica; y bien, ¿qué? Eran desterrados. Se sonreía. Se decía: Sí, pero Francia! ¡Francia está allí, siempre grande, siempre bella, siempre adorada, siempre Francia! Hay un velo entre ella y nosotros; pero en uno de estos días el imperio se desgarrará de alto a abajo, y detrás de la desgarradura luminosa, ¡Francia reaparecerá! Francia reaparecerá: ¡qué inmensa alegría! En su esplendor, en su gloria, en su majestad fraternal a las naciones, con toda su corona como una reina, con toda su aureola como una diosa, potente y libre, potente para proteger, libre para libertar! He aquí lo triste: haberse dicho esto. Dolor: se soñaba la apoteosis, se tiene la picota. La patria ha sido pisoteada por esa salvaje, la guerra extranjera, y por esa loca, la guerra civil: la una ha intentado asesinar la civilización y suprimir la capital del mundo; la otra ha incendiado las dos

cunas sagradas de la Revolución: las Tullerías, nido de la Convención, la Casa Constitucional, nido de la Comuna. Se ha aprovechado la presencia de los prusianos para echar abajo la columna de Iena: aun se les ha dado esta alegría. Se han matado viejos, se han matado mujeres, se han matado niños. Se ha sido muchedumbre ebria que no sabe lo que hace. Se han cavado fosas inmensas, donde se han enterrado unos sobre otros, y medio muertos, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero, el bien y el mal. Se ha querido abatir a esta gigante, París; se ha querido resucitar a este fantasma, Versalles. Se han tenido incendios dignos de Eróstrato, y fratricidios dignos de Atreo. ¿Quién ha hecho estos crímenes? Nadie y todo el mundo: esos dos excerables anónimos, la guerra extranjera y la guerra civil; los bárbaros, que han venido a las manos estúpidamente, de los dos lados a la vez, del lado tempestuoso en que están las águilas, del lado tenebroso en que están los buhos, asaltando la frontera, asaltando la muralla, hollando éstos el Rhin, ensangrentando el Sena aquéllos, ensangrentando y hollando la conciencia humana, sin poder decir por qué, sin comprender nada sino que el viento que pasa lo había encendido en cólera.

Atentado de los ignorantes. Tanto de los ignorantes de arriba como de los ignorantes de abajo. Atentados también de los inocentes, porque la ignorancia es una inocencia. Ferocidades feroces. ¿A quién compadecer? A los vencedores y a los vencidos. ¡Oh, ver por tierra, yacente, inerte, abofeteado, el cadáver de nuestra gloria! ¡Y la verdad!, ¡y la justicia!, ¡y la libertad! Todas estas arterias están abiertas. Estamos sangrados en las cuatro venas de nuestro honor. Y nuestros soldados, sin embargo, han sido heroicos, y lo serán ciertamente todavía. Pero ¡qué desastres! Nada es crimen: todo es fatalidad. Aquí se excedieron las viejas calamidades de Nínive, de Thebas y de Argos. Nadie hay sin llaga, y esta es la llaga pública. Y, a través de todo esto, agravamiento lúgubre, viéndonos a las veces el pensamiento punzante de que en estos momentos, en estos momentos mismos, hay a cinco mil leguas de aquí, lejos de sus madres, hijos de veinte años, condenados a muerte, a presidio después, por un artículo de periódico. ¡Oh pobres hombres!, ¡compasión eterna! Fanatismos contra fanatismos. ¡Ay! Fanáticos todos lo somos: el que escribe estas líneas también, también es un fanático; fanático de progreso, de civilización, de paz y de clemencia, inexorable para los impíos, intolerante para los intolerantes. Golpéemonos el pecho.

Sí; cumplidas están estas cosas sombrías. Se ha visto esto, y en este instante ¿qué se ve? El regocijo de los reyes sentados como verdugos sobre un desmembramiento. Después de los descuartizamientos, hácese esto: y Carlote, antes de lanzarlos a la hoguera, se acurrucó y reposó un momento sobre los lamentables restos

mutilados de Damiens, como Guillermo sobre la Alsacia y la Lorena. Guillermo, al fin, es menos culpable que Carlote: los verdugos son inocentes; los responsables son los jueces: la historia dirá quiénes han sido, en el vergonzoso tratado de 1871, los jueces de la Francia. Han hecho una paz llena de guerra. ¡Ah infortunados! En este instante reinan. Son príncipes y se creen señores. Son dichosos con toda la dicha que puede dar una tranquilidad violenta; tienen la gloria de una sangre abundantísima esparcida; se creen invulnerables; están acorazados con la omnipotencia y con la nada; preparan, en medio de las fiestas, en el esplendor de su imbecilidad soberana, la devastación del porvenir; cuando se les habla de la inmortalidad de las naciones, juzgan de esta inmortalidad por su majestad propia, y se ríen de ella; se creen buenos matadores y piensan haber triunfado; se figuran que está cumplido, que las dinastías han terminado con los pueblos: se imaginan que la cabeza del género humano está decididamente cortada; que la civilización se resignará a esta decapitación. ¿Qué importa París de más o de menos? Se persuaden de que Metz y Strasburgo se convertirán en sombra, que habrá prescripción para este robo, que tomaremos nuestro partido, que la nación—jefe será tranquilamente la nación—sierva, que descendemos hasta la aceptación de su púrpura espantosa, que no tenemos ya brazos, ni manos, ni cerebro, ni corazón, ni entrañas, ni ardimiento, ni sable al costado, ni sangre en las venas, ni saliva en la boca; que somos idiotas o infames, y que Francia, que ha devuelto América a la América, Italia a Italia, Grecia a Grecia, no sabrá devolver Francia a la Francia.

Green esto, ¡oh estremecimiento!

## VIII

Y, sin embargo, la nube crece semejante a la misteriosa columna conductora, negra sobre el azul, roja sobre la sombra. Y llena lentamente el horizonte. Los viejos la temen para los niños, y los niños la saludan. Germina una inclemencia funesta. Los odios anidan las represalias, los más dulces se sienten confusamente implacables; pasó ya la estación de las augustas abstracciones fraternales; la frontera vuelve a ser barrera; se recomienza a ser nacional, y el más cosmopolita renuncia a la neutralidad: ¡adiós la mansedumbre de los filósofos! La patria se alza terrible entre el hombre y la humanidad. Mira a los sabios indignada. ¡Que no vengan a hablarle de unión, de armonía y de paz! ¡No hay más paz que la cabeza alta! He aquí lo que quiere la patria. Suspensión de la concordia humana. ¡Oh, aventura miserable! Los vencimientos son inevitables: se oyen surgir bajo tierra las catástrofes sembradas, y sobre su desarrollo,

cada vez más distinto, puede calcularse la hora en que, brotando, rompan la tierra. No hay medio de rehuírlo. El porvenir está lleno de términos fatales. Lloraría Jeremías si fuese teutón, y, si fuese francés, lloraría Eschylo. El pensador medita anonadado. ¿Qué hacer? Aguardar y esperar a través de la carnicería.

De aquí, un pavor siniestro. El pensador, que está siempre mezclado con un profeta, tiene delante de los ojos un tumulto, que es el porvenir. Buscaba con la mirada, más allá del horizonte, la alianza y la fraternidad, y está obligado a entrever el odio. Nada es cierto, pero todo amenaza. Todo es oscuro; pero sombrío. Piensa y sufre. Sus sueños de inviolabilidad de la vida humana, de abolición de la guerra, de arbitraje entre los pueblos y de paz universal, todos sus sueños, atravesados están ahora por vagos brillamientos de espadas.

Aguardando, se muere; y los que mueren dejan tras sí a los que lloran. Paciencia. A todo precede algo: siempre se es precedido. Es justo que la tarde llegue para todos. Es justo que todos suban uno tras otro a rendir su paga. Las injusticias no son más que aparentes. La tumba no olvida a nadie.

Un día, muy pronto tal vez, sonará para el padre la hora que ha sonado ya para los hijos. La jornada del trabajador habrá terminado. Le habrá llegado su vez; tendrá la apariencia de un dormido, se le pondrá entre cuatro maderos; será ese algo desconocido que se llama un muerto, y se le conducirá a la gran abertura sombría. Allí está el umbral imposible de adivinar; el que llega allí es esperado por los que llegaron ya. Lo que parece la salida es para él la entrada. Distintamente percibe lo que oscuramente había aceptado. El ojo de la carne se cierra, el ojo del espíritu se abre, y lo invisible se hace visible. Lo que para los hombres es el mundo, se eclipsa para él. Mientras que alrededor de la fosa abierta todo calla, mientras que caen paletadas de tierra, polvo arrojado a lo que va a ser ceniza, sobre el ataúd sordo y sonoro, el alma misteriosa deja esta vestidura, el cuerpo, y sale, luz, del amontonamiento de las tinieblas. Entonces para esta alma los desaparecidos reaparecen, y estos vivos verdaderos que en la sombra terrestre se llaman los difuntos, llenan el horizonte ignorado, comprímense, radiantes, en una profundidad de nube y de aurora, llaman suavemente al recién venido, y se inclinan sobre su faz iluminada con esa sonrisa hermosa que se tiene en las estrellas. Así se irá el trabajador cargado de años, dejando, si ha obrado bien, algunos lamentos tras de sí, seguido hasta el borde de la tumba por ojos mojados tal vez y por graves frentes descubiertas, y recibido al mismo tiempo con regocijo allá en la eterna claridad. Y si vosotros no sois del duelo aquí abajo, allá arriba seréis de la fiesta, ¡oh amados míos!